

PRIMERAS EVIDENCIAS DE MACRORRESTOS DE *PRUNUS PERSICA* HACIA FINES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX EN EL SITIO ARQUEOLÓGICO CUEVA EL ABRA, PROVINCIA DE BUENOS AIRES, ARGENTINA

María de los Milagros Colobig*
Mariana Brea*
Alejandro F. Zucol*
Diana Mazzanti**
José Luis Soria**

Resumen

Se analiza un conjunto de macrorrestos vegetales hallados en el sitio arqueológico Cueva El Abra. Este es un reparo rocoso cuyo componente superior ha sido datado en 958±32AP. Presenta materiales diagnósticos del Holoceno Tardío como materias primas y bienes que indican contactos extrarregionales. Se analizaron 13 endocarpos enteros de durazno arqueológico, uno de ellos con signos de termoalteración, y cuatro mitades, tres de ellas carbonizadas. Todos fueron recuperados del mismo sector de la cueva en torno a una olla de hierro que contenía restos de un zapato infantil y un hueso de caballo sobre la boca, como tapándola, junto a cuatro bases de botellones de ginebra de gres, diferentes en su tamaño y color,

teñidos por una pátina negra, aparentemente de hollín. La presencia de endocarpos de *Prunus persica* (L.) Batsch. en un contexto moderno del sitio Cueva El Abra, es la primera evidencia material de utilización de esta fruta por parte de pobladores rurales que vivían en la zona a fines del siglo XIX y principios del XX. Debido a las características del hallazgo, se podría concluir que, el conjunto de endocarpos de durazno hallados en Cueva El Abra, pudo formar parte de un episodio de carácter ritual.

Palabras clave: Macrorrestos vegetales; *Prunus persica*; Sitio arqueológico Cueva El Abra; Buenos Aires.

* Laboratorio de Paleobotánica, Centro de Investigaciones Científicas, Diamante - CONICET. Dr. Materi y España SN, (E3105BWA) Diamante, Entre Ríos, Argentina. Correos electrónicos: [mcolobig@cicytp.org.ar], [cidmbrea@gmail.com], [cidzucol@gmail.com].

** Laboratorio de Arqueología Regional Bonaerense. Universidad Nacional de Mar del Plata. J.B. Justo 2550 (7600) Mar del Plata. Correos electrónicos: [arqueolab@gmail.com], [luisoria158@yahoo.com.ar].

Abstract

A set of vegetable macro-remains found at Cueva El Abra archaeological site is analyzed. This is a rock shelter which top component has been dated in 958 ± 32 AP. It presents diagnostic Late Holocene materials, raw materials and goods that indicate extra-regional contacts. Thirteen whole endocarps of archaeological peach, one of them with heat traces, and four halves, three carbonized, were analyzed. All were recovered in the same sector of the cave around an iron pot containing remains of a child's shoe and a horse's bone over the mouth, as covering it. Along it were four bases of gin stoneware bottles, different

in size and color, dyed by a black patina, apparently soot. The presence of endocarps of *Prunus persica* (L.) Batsch. in a modern context of Cueva El Abra site is the first material evidence of the use of this fruit by rural villagers who lived in the late nineteenth and early twentieth centuries. Due to the characteristics of the finding, one might conclude that the completely peach endocarps found in Cueva El Abra, could be part of a ritual episode.

Keywords: Vegetable macroremains; *Prunus persica*; Cueva El Abra archaeological site; Buenos Aires.

Introducción

En este trabajo se analiza un conjunto de macrorrestos vegetales hallados en el sitio arqueológico Cueva El Abra (Figura 1), reparo rocoso que por su ubicación en el paisaje ha permitido ser utilizado como campamento residencial durante milenios (Martínez et al. 2013). El componente superior de la secuencia sedimentaria (U1 y U2) de este sitio prehispánico ha sido datado en 958 ± 32 AP (Mazzanti 2006), con materiales diagnósticos del Holoceno Tardío (Figuras 2 y 3) como puntas de proyectil triangulares apedunculadas, cerámica incisa con pintura roja, instrumentos de molienda, cuentas de valva, instrumentos óseos, pinturas rupestres e indicios de consumo de animales pequeños. Además se ha registrado el uso de materias primas y bienes que indican contactos extrarregionales, como rocas (obsidiana), cerámica y restos de cobre (Mazzanti y Quintana 2001).

Figura 1. Área borde oriental de las sierras de Tandilla, mostrando la localidad arqueológica.
1. Cueva El Abra (Tomado y modificado de Politis et al. 2004).

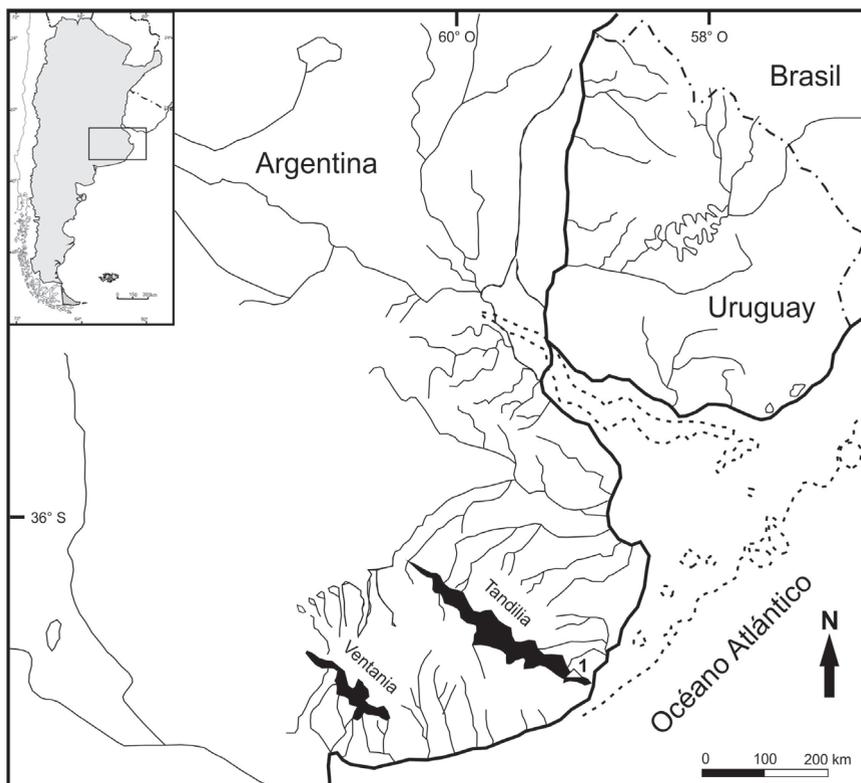


Figura 2. Secuencia estratigráfica del sector del hallazgo del Sitio Cueva El Abra (Tomado de Martínez 2007).

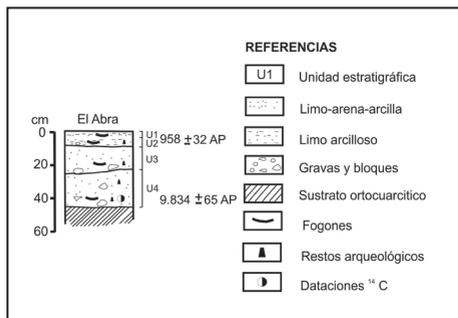


Figura 3. Endocarpos de durazno arqueológico en el sitio Cueva El Abra, provincia de Buenos Aires.



Las condiciones microambientales de esta cueva contribuyeron a la conservación de restos orgánicos, como en este caso, del conjunto de carporrestos de duraznero, *Prunus persica* (L.) Batsch., una especie de introducción europea. La localización del sitio dentro de una cavidad rocosa con muy poca entrada de agua, resultó una condición básica para que su matriz se hallara en casi toda su superficie seca, lo que benefició la conservación de restos faunísticos y botánicos.

En la secuencia estratigráfica se determinaron una sucesión de ocupaciones humanas a lo largo del Holoceno. En este trabajo se analizan los restos de carozos que formaron parte de un mismo contexto arqueológico. El cual se define, en el relleno y sectores adyacentes, a partir de un pozo donde se introdujeron varios objetos de factura industrial posiblemente a fines del siglo XIX y/o principios del XX. Ese rasgo arqueológico alteró los depósitos subyacentes que contienen materiales arqueológicos prehispánicos. Probablemente esto es producto de la utilización de la cueva como ámbito para la práctica de rituales tal vez ligados a fenómenos de sincretismo religioso configurados por ocupantes ocasionales del ámbito rural.

Los duraznos formarían parte posiblemente del evento de entierro de una ollita que contenía una suela y talón de un zapato infantil. En esta larga secuencia temporal, hubo diversas ocupaciones que convirtieron la cueva en un espacio residencial donde se desarrollaron diferentes actividades, entre las que coexistieron las de carácter utilitario, pero también, y muy ligadas a ellas, las de connotación ritual, ocurridas en tiempos más recientes, ya que no hay evidencias de restos botánicos por debajo de las unidades 1 y 2. En este caso de análisis, presentamos el estudio de evidencias modernas que señalarían estos mismos fenómenos de origen simbólico.

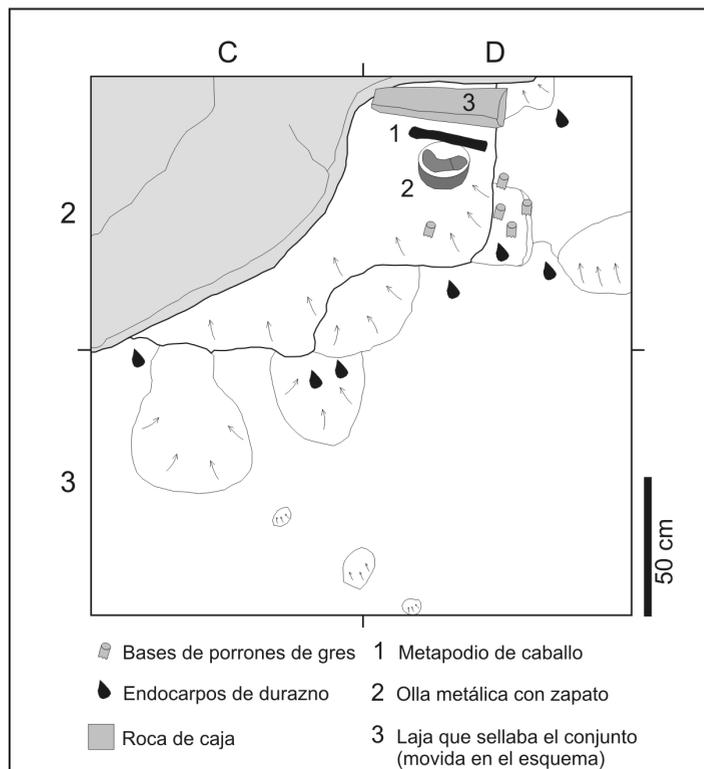
Materiales y métodos

El material proviene del sitio Cueva El Abra (Figura 2) y ha sido extraído durante campañas de excavaciones que se realizaron utilizando la técnica del decapado y registro en planta de materiales de diversa naturaleza, durante los años 1997 y 2000. No obstante el descubrimiento de parte del contexto histórico se produjo en la excavación del sondeo en 1996.

Se analizaron 13 endocarpos enteros, y todos fueron recuperados en el mismo sector de la cueva (cuadrícula D2, E3 y C3) en asociación con una olla de hierro que contenía restos de un zapato infantil y un hueso de caballo sobre la boca, como tapándola, junto a cuatro bases de botellones de ginebra de gres, diferentes en su tamaño y color, teñidos por una pátina negra, aparentemente de hollín (Figura 4).

Los materiales analizados se encuentran depositados en la Colección Científica del Laboratorio de Arqueología de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata, bajo las siglas de procedencia: D2 y C3 (Cueva El Abra).

Figura 4. Planta de la excavación indicando sector del hallazgo y posición de cada uno de los elementos.



Análisis de los carporrestos

Se analizaron 13 carozos enteros, un fragmento quemado y cuatro mitades (tres de ellas termoalteradas) hallados en el contexto del interior del sitio Cueva El Abra (Figura 3). Son cinco los carozos enteros con procedencia en capa, más otras dos mitades y un fragmento también en capa. El resto fue recolectado en el sedimento de superficie seco y removido pero ligado al área de este contexto. Proviene de sectores adyacentes a la olla recuperada y a fosos que contenían las botellas de ginebra. La descripción morfológica se realizó a ojo desnudo, con lupa Wild M5 y las fotografías fueron tomadas con una cámara digital Nikon Coolpix S4.

Los endocarpos arqueológicos recuperados, en su mayoría con buen estado de preservación, tienen una longitud promedio de 3,04 cm (2,74-3,46 cm) y ancho promedio de 2,27 cm (2,02-2,53 cm), presenta surcos longitudinales profusamente rugosos con perforaciones bien visibles, de forma elipsoidal a suborbicular, con ápices acuminados (Figura 3). Los endocarpos arqueológicos fueron identificados como provenientes de *Prunus persica*.

En todos los ejemplares hallados en el sitio se ha preservado sólo el endocarpo de las drupas, que constituye la capa más interna que protege a la semilla. La drupa deriva de un ovario súper unicarpelar, con la sutura marcada como un surco pronunciado, especialmente en el carozo. El endocarpo, vulgarmente denominado hueso o carozo, tiene una forma más o menos globosa, es muy duro (debido a la gran cantidad de capas de tejido esclerenquimático en su estructura) y presenta surcos longitudinales muy marcados.

Los endocarpos quemados se hallan en relación al área de combustión que formaba una lente, pero no se sabe si fueron quemados intencionalmente o producto de fogones posteriores a su depositación.

Prunus persica (Rosaceae, Prunoideae) es de origen exótico para América del Sur, y fue cultivada recién en tiempos hispánicos. El durazno (*P. persica*), es un árbol frutal caducifolio de no más de seis metros de altura, originario de la región del Tíbet y del norte de China, lugar donde aún en la actualidad se encuentra su mayor diversidad genética, y desde donde se habría dispersado hacia la antigua Persia y a Grecia alrededor del 300 a.C.; de allí a la región mediterránea europea, siendo los romanos quienes lo llevaron a toda Europa y norte de África (Delucchi 2011; Enríquez Luna 2001; Lambaré y Pochettino 2012).

En Argentina, el durazno fue introducido por los conquistadores españoles y desde esa época colonial se cultiva en todo el país. Fue plantado en los alrededores de Buenos Aires por sus frutos comestibles y para abastecer de leña a las chacras, estancias y fortines; también fue plantado en las regiones noreste y noroeste de Argentina (Delucchi 2011). Posiblemente de estos cultivos, se hayan originado las poblaciones naturalizadas que se conocen en

la Argentina, el durazno común, *P. persica* var. *persica* y el durazno de palo o cuaresmillo o durazno silvestre, *P. persica* var. *aposerca* Burkart (Burkart 1972; Novara 2012). Estas variedades se diferencian por el tipo de estípulas y por sus frutos (Burkart 1972; Delucchi 2011). El durazno de palo es un duraznero que no da fruta comestible, con mesocarpos reducidos no pulposos y endocarpos muy esclerosados de forma ovoide-acuminados, con surcos irregulares y rara vez pocas perforaciones, y que sirve para leña, originado por mutación genética del durazno común, su origen es dudoso pero probablemente se remonta a la época colonial. Sus frutos sirven para realizar mermeladas y dulces. Esta variedad se localiza en las sierras Chica y Grande de Córdoba a ca. 1.000 msnm, en las quebradas y laderas húmedas de bosques y pastizales de las Yungas ca. a los 1.250 msnm (Burkart 1972; Novara 2012). *P. persica* var. *persica* se diferencia claramente de esta última variedad por presentar mesocarpos globosos, carnosos, comestibles y endocarpos elipsoidales a suborbiculares con surcos longitudinales y con numerosas perforaciones (Burkart 1972). Por lo anteriormente dicho, las características morfológicas de los endocarpos arqueológicos permiten determinarlos como originados en frutos de *Prunus persica* var. *persica*.

Interpretación del contexto arqueológico

El conjunto estudiado se encuentra en un sitio emplazado en una pendiente suave, de fácil acceso y con un dominio visual de todo el ingreso al valle de La Vigilancia, su registro de ocupaciones residenciales ha sido evidenciado durante el Holoceno (Mazzanti y Bonnat 2013).

Posee un componente simbólico, debido probablemente a que se trata de una ofrenda ritual, tal vez asociada a la curación de un infante. Si se considera que los porrones circularon hasta comienzos del siglo XX y el zapato del infante tiene una costura industrial del mismo siglo (Marcilese et al. 2000) se puede inferir que esta práctica ritual debe ubicarse temporalmente entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.

La práctica curanderil sobrevivía en la campaña bonaerense desde tiempos coloniales por la falta de médicos profesionales diplomados. En su libro sobre el "Tata Dios" Juan José Santos reproduce una edición de un diario rural "El monitor de la campaña" de 1872 donde dice:

[...] todos los partidos de la campaña tienen su médico dios [...] la naturaleza es así. El espíritu más fuerte tiembla cuando ve la muerte cernirse sobre los seres que quiere; la angustia y el dolor hacen callar la lógica y el buen sentido. No hay médico, se toma un curandero (Santos 2008:134).

Estos curanderos deben haber tenido presencia constante en la campaña bonaerense hasta principios del siglo XX. En general trataban la salud de los hombres y de los

animales. Su actividad consistía en colocar huesos en su lugar, curar heridas y estados febriles y todo tipo de enfermedades. Los medios con que contaban para realizar dichas curas eran variados e incluían hierbas, grasa y órganos de animales, fluidos corporales e inclusive sustancias alucinógenas. Estos bienes materiales eran acompañados por rezos e invocaciones a la virgen, a los santos y creencias indígenas (Santos 2008:136).

Diferentes autores (Eliade 1973; Gluckman 1962; Lévi-Strauss 2003; Turner 1988; Van Gennep 1986) coinciden en la importancia de los rituales para una sociedad. En términos generales, todos estos autores plantean que el ritual consiste en una modalidad de relación entre lo sagrado y lo profano. Esta concepción se complejiza con el aporte distintivo de Durkheim (2003), quien postula que lo sagrado es el ámbito donde se ejerce un control de la sociedad y la cultura sobre la conciencia individual. En definitiva, el culto sea cual fuera su expresión, sería en última instancia, el culto a la vida colectiva (Harris 1993).

En el contexto de las sierras, algunas cuevas, pudieron haber jugado un rol cada vez más destacado en cuanto al culto y la cohesión social, ante los cambios continuos hacia nuevas identidades y en algunos casos en contextos de fricción étnica o interétnica, de acuerdo al período que se considere. Las pinturas rupestres probablemente expresaron mensajes de orden social y/o religioso y son, en grupos cazadores-recolectores pampeanos, derivados materiales de importancia para acceder a los aspectos simbólicos (Bonomo 2006). Sin embargo, para el período posconquista no hay datos que permitan asignarle a las cuevas un rol simbólico. Su rol como marcadores de paisaje comprende a las cuevas con arte previo a la conquista. Sólo se halló un caso en sociedades pampeanas tardías en las Sierras de Curicó, pero no se trata de cuevas, sino estructuras de pircas y alero con arte en sus paredes (Madrid et al. 2000).

En este trabajo, se propone interpretar algunos elementos recuperados en el contexto arqueológico para comenzar a indagar fenómenos de orden sagrado en estas sociedades tardías.

De acuerdo a las premisas de Renfrew y Bahn (1988) tal como fueron consideradas en Capparelli et al. 2007, se proponen una serie de elementos a tener en cuenta para la puesta en acto del ritual, sugiriendo indicadores arqueológicos, los cuales pueden ser reconocidos en este caso de estudio. En primer lugar, la “captación de la atención” mediante un lugar sagrado, luz, sonidos, olores que focalicen el acto principal del ritual. Para el caso en estudio, la cueva otorga connotaciones especiales al lugar, rica en símbolos y probablemente con “especialistas” que dirigen la ceremonia.

En segundo lugar, una “zona fronteriza entre este mundo y el otro”, la cual puede ser contaminada, por eso se insiste en su limpieza y lavado rituales.

En tercer lugar, la “presencia de la divinidad”, que debe estar simbolizada en el acto ritual, puede ser una imagen pintada o tridimensional o un recipiente cuyo contenido no se ve.

Y por último, la “participación y ofrenda”, la cual sería una cooperación activa que implica muchas veces comer y beber, y también supone realizar ofrendas materiales a la divinidad, en forma de sacrificio o regalo. En algunos casos se consume comida y bebida como ofrenda, o en otros casos se quema o se tira, como pudo haber ocurrido en el caso estudiado. Generalmente las ofrendas son objetos muy valorados, donados “ritualmente” para uso y beneficio de la divinidad. Puede ser el caso del zapato de niño, los fragmentos de gres y los duraznos, integrados en un mismo contexto.

Puntualmente el durazno, es un fruto introducido en América por los españoles (Giovannetti 2005), donde rápidamente se extendió a Estados Unidos, México y otros países (Enríquez Luna 2001). Aunque la importancia de los frutales proviene de la tradición musulmana, ya que en los cristianos, los principales alimentos de origen vegetal eran los cereales, las legumbres y el vino (Lacoste et al. 2011). Si bien los españoles aportarían una serie de especies exóticas, entre las cuales se destacan varios tipos de durazneros, ésta es la especie más difundida sea entre las chacras como en las estancias de la región pampeana, hasta fines del siglo XVIII según la información que dan los inventarios de las unidades productivas y los testamentos (Garavaglia 1999). También se ha registrado en otra región en relación a su distribución en las reducciones jesuíticas, donde se distribuían diariamente “duraznos” (*P. persica*) a los indígenas (Rosso 2013).

En el actual territorio argentino diversas fuentes mencionan su abundante presencia y su utilización no solo como fruto, sino también como leña, necesaria para la vida cotidiana y de escasa disponibilidad en la región:

Los criollos cultivan muchos árboles frutales que se crían silvestres en el Paraguay como, por ejemplo, naranjos y limoneros, dulces y agrios. Duraznos cultivados y silvestres abundan mucho [...]. La tierra, si se cultiva como es debido, produce también duraznos, higos y dátiles (Falkner 1974:60-66).

En la chacra de Collegij de Buenos Aires habíamos hecho en un monte de duraznos una provisión suficiente de leña... Si escasea la leña, la cocina resulta bastante fría y los viajeros deben de remediarse con cardos secos, gruesas matas de plantas campestres, con huesos de caballo, bueyes y otros animales silvestres y con el estiércol del ganado a cuyo calor se cuece y se asa (Paucke 1942:125).

Más información, aportan los inventarios y testamentos de la época colonial, considerados dentro de las mejoras de las estancias se destacan las menciones a varios tipos de durazneros. Por lo tanto, las especies de *Prunus* parecen ser las más difundidas y plantadas entre las chacras y en las estancias de la región pampeana, hasta fines del siglo XVIII (Garavaglia 1999).

Para mediados del siglo XIX, Hudson (1999) hace varias referencias de montes de durazno para la zona norte del Salado:

Entre nuestros antiguos árboles el duraznero era el preferido por la fruta que nos daba en febrero y marzo y también más tarde en abril y mayo, cuando maduraban los duraznos de invierno. En tiempos de la colonia los frutales más comúnmente elegidos fueron el duraznero, el membrillo y el cerezo [...] los durazneros sumaban cuatrocientos o quinientos (Hudson 1999:58).

Aunque el autor aclare que estos montes de durazno han sido plantadas en el siglo anterior.

En este sentido, cuando se habla de montes de durazno utilizados como leña, para la época hispánica y criolla se trata seguramente de la variedad *P. persica* var. *aposarca* (duraznero de palo) que no da frutos comestibles (Boelcke 1981).

Por su parte, resulta importante la cita del diario de la expedición de J. M. de Rosas (1972 [1826]) al describir los recursos y topografía del sector de sierras que conforman el paraje conocido entonces como El Vulcan, el cual incluía a la sierra La Vigilancia, donde se halla Cueva El Abra.

Bajo el título: “Antigua población de los jesuitas”, se describe el paisaje de la Laguna de Los Padres y la lomada donde se ubicó la Reducción del Nuestra Señora del Pilar (1751-1756), mencionando: “Se conserva un pequeño monte de durazno y varias zanjas...” (Rosas 1972 [1826]:209).

Previamente, esta expedición también menciona monte de durazno en otra localidad que denominaron Durazno:

En una loma elevada como unos 20 a 25 pies sobre el nivel de la laguna que se halla al O. e inclinándose algún tanto al SO. Tiene un pequeño monte de durazno, que se conserva desde el tiempo que tuvieron población allí los Ezeiza en el año 10 (Rosas 1972 [1826]:190).

Asimismo, Capparelli et al. (2007) analizan en el sitio arqueológico “El Shincal de Quimivil”, en la provincia de Catamarca en primera instancia todos los elementos del contexto ritual en función de Renfrew y Bahn 1988. Luego lo comparan con varias evidencias de contextos rituales andinos y en el caso puntual de los carozos de durazno y semillas de algodón, que constituyen partes que no necesitan entrar en contacto con el fuego para su procesamiento, se toman como referencia las ofrendas de nueces de rituales romanos:

[...] uno de los indicadores arqueológicos usados para diferenciar un contexto ritual de uno doméstico es la aparición de partes vegetales carbonizadas que no necesitarían entrar en contacto con el fuego

en ningún estadio de su preparación y/o consumo. Este indicador se ha utilizado para identificar como ofrenda restos de nueces carbonizadas halladas en contextos rituales romanos (Robinson 2002, cito en Capparelli et al. 2007:41).

Esta evidencia puede compararse con el caso bajo estudio en el hecho de haberse hallado restos de vegetales carbonizados, que no necesitaron entrar en contacto con el fuego para su preparación o consumo.

Conclusiones

La presencia de endocarpos de *Prunus persica* en un contexto moderno del sitio Cueva El Abra, es la primera evidencia material de utilización de esta fruta por parte de pobladores rurales que vivían en las inmediaciones del lugar a fines del siglo XIX y principios del XX.

Si bien no se cuenta con información que relate este evento puntual, existen elementos desde los cuales se podría pensar en el origen simbólico de este conjunto de endocarpos de durazno hallados en Cueva El Abra depositados con otros elementos. Las condiciones en que se halló el conjunto parecen indicarlo: la cueva, como lugar simbólico, “sagrado” destacado en el espacio por sus pinturas rupestres (que si bien eran preexistentes pudieron ser un componente utilizado en la sacralización de la cueva), y la posible quema ritual de las ofrendas (hay presencia de termolateración en algunos pocos carozos y en fragmentos de porrones, pero ni la olla ni los porrones fueron dispuestos dentro de un fogón). Varias serían las hipótesis que podrían elaborarse sobre el tipo de hallazgo. Una de ellas está planteada con respecto a un ritual de sanación de un niño.

Otra de esas hipótesis podría surgir si se pudiera evidenciar que esos endocarpos quemados lo fueron intencionalmente o debido a fogones posteriores a su depositación. Al estar la mayoría en sedimentos secos y superficiales resulta un punto discutible.

Investigaciones futuras en contextos similares, u otros provenientes de los establecimientos rurales en esta área de las Sierras de Tandilia, probablemente aportarán nueva información sobre la cual continuar indagando la adopción de cultivos alóctonos y sus eventuales usos. Es evidente que ligados a ellos no sólo se encuentran los vinculados con fines utilitarios, sino también aquellos que responden a aspectos simbólicos. Estos últimos son los de más difícil acceso por tratarse de elementos intangibles de la cultura, no obstante ello, son de gran importancia, ya que dan cuenta de una de las facetas más importantes del ser humano.

Agradecimientos

Los autores desean expresar su sincero agradecimiento a Carlos Quintana por la toma de las fotografías de los macrorrestos arqueológicos y la elaboración del gráfico de planta.

Este trabajo fue realizado con el aporte de subsidios de la ANPCyT: PICto 552 y PICT 1979.

Bibliografía

Boelcke, O.

1981 *Plantas vasculares de la argentina. Nativas y exóticas*. FECIC, Buenos Aires.

Bonomo, M.

2006 Un acercamiento a la dimensión simbólica de la cultura material en la región pampeana. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 31:89-115.

Burkart, A.

1972 El “duraznero de palo” de Córdoba, *Prunus persica* (L.) Batsch var. *aposarca*, nueva variedad y notas sobre el sistema de esta especie. *Darwiniana* 17:443-455.

Capparelli, A.; M. Giovannetti y V. Lema

2007 Primera evidencia arqueológica de cultivos del viejo mundo (trigo, cebada y durazno) en el NOA: su significación a través del registro de “El Shincal de Quimivil”. En *Paleoetnobotánica del Cono Sur: Estudios de casos y propuestas metodológicas*, editado por B. Marconetto, P. Babot, y N. Oliszewski, pp. 25-48. Museo de Antropología, FFyH, UNC, Ferreyra Editor.

Delucchi, G.

2011 Sinopsis de las especies de Rosaceae adventicias: subfamilia prunoideae. *Bonplandia* 20 (1):73-94.

Durkheim, E.

2003 *Las formas elementales de la vida religiosa*. Alianza Editorial, España.

Eliade, M.

1973 *Lo sagrado y lo profano*. Guadarrama, Madrid.

Enríquez Luna, J. A.

2001 Rescate del germoplasma de durazno *Prunus pérsica* L. Batsch. Estado de Zacatecas. Ponencia presentada en 5° *Jornadas de Investigación*. Unidad de Agronomía de la UAZ, Universidad Autónoma de Zacatecas, México.

Falkner, T.

1974 *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. Hachette, Buenos Aires.

Garavaglia, J. C.

1999 *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense 1700-1830*. Ediciones de la Flor, Buenos Aires.

Giovannetti, M.

2005 La conquista del noroeste argentino y los cultivos europeos. *Fronteras de la Historia* 10: 253-283.

Gluckman, M.

1962 *Essays on the Ritual and Social Relations*. Manchester University Press, Manchester.

Harris, M.

1993 *Introducción a la Antropología General*. Alianza Universidad Textos, Madrid.

Hudson, W. H.

1999 *Allá lejos y hace tiempo*. Emecé, Buenos Aires.

Lacoste, P.; J. Yuri, M. Aranda, A. Castro, K. Quinteros, M. Solar y C. Chávez

2011 Variedades de Pomáceas (Chile y Cuyo 1700-1850). *Idesia* 29(1):91-97.

Lambaré, D. A. y M. L. Pochettino

2012 Diversidad local y prácticas agrícolas asociadas al cultivo tradicional de duraznos, *Prunus persica* (Rosaceae), en el noroeste de Argentina. *Darwiniana* 50 (2):174-186.

Lévi-Strauss, C.

2003 *El Pensamiento Salvaje*. Fondo de Cultura Económica, México.

Madrid, P.; G. Politis y D. Poiré

2000 Pinturas rupestres y estructuras de piedra en las Sierras de Curicó (extremo noroccidental de Tandilia, Región Pampeana). *Intersecciones en Antropología* 1:35-53.

Marcilese, V.; J. L. Soria, A. Zarankin, X. Senatore y D. Mazzanti

2000 Contacto Interétnico en la campaña bonaerense. El caso de Tandil 1850-1880. *Libro de Resúmenes II Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina*:73. Mar del Plata, 27 al 30 de noviembre de 2000.

Martínez, G.; Mazzanti, D., Quintana, C., Zucol, A. F., Colobig, M. M., Hassan, G., Brea, M. y E. Passeggi

2013 Geoarchaeological and paleoenvironmental context of the human settlement in the eastern Tandilia range, Argentina. *Quaternary International* 299:23-37.

Mazzanti, D.

2006 La constitución de territorios sociales durante el Holoceno tardío. El caso de las sierras de Tandilia, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXI*:277-300.

Mazzanti, D. L. y G. F. Bonnat

2013 Paisajes arqueológicos y cazadores-recolectores de la transición Pleistoceno- holoceno. Análisis de las cuencas de ocupación en Tandilia oriental, Provincia de Buenos Aires, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XXXVIII (2)*:521-541.

Mazzanti, D. L. y C. Quintana

2001 Cueva El Abra. Aporte al análisis del cambio económico-social. *Libro de Resúmenes. XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*:59-60. Facultad de Humanidades y Arte, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.

Novara, L. J.

2012 *Rosaceae Juss. Aportes Botánicos de Salta*. Serie Flora, Vol. 20. Edición digital. Herbario MCNS, Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de Salta, Salta.

Paucke, F.

1942 *Hacia allá y para acá (Una estada entre los indios Mocovíes 1749-1767)*. Tomo I, Universidad Nacional de Tucumán, Publicación N° 324, Departamento de Investigaciones Regionales. Publicación Especial, Instituto de Antropología, Buenos Aires.

Politis, G., P. G. Messineo y C. A. Kaufmann.

2004 El poblamiento temprano de las llanuras pampeanas de Argentina y Uruguay. *Complutum* 15:207-224.

Renfrew, C. y P. Bahn

1988 *Arqueología. Teoría, Métodos y Prácticas*. Ediciones Akal, Madrid.

Rosas, J. M.

1972 [1826] Diario de la Comisión Nombrada para establecer la Nueva Línea de Frontera al Sur de Buenos Aires bajo la dirección del señor coronel Don Juan Manuel de Rosas con la observaciones astronómicas prácticas por el señor Senillosa, Miembro de la comisión. En *Obras y Documentos, Colección Pedro De Angelis*, Tomo VIII-A:175-238. Plus Ultra, Buenos Aires.

Rosso, C.

2013 Recursos vegetales silvestres y cultivados empleados por los mocovíes de la reducción de San Javier en el siglo XVIII. *Revista Cazadores Recolectores del Cono Sur* 7:69-91.

Santos, J.

2008 *El Tata Dios. Militarismo y xenofobia en las pampas*. Ed Sudamericana, Buenos Aires.

Turner, V.

1988 *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*. Taurus, Madrid.

Van Gennep, A.

1986 *Los ritos de paso*. Taurus, Madrid.

